

Cosquillas

30 céntimos

Si se esperan un poquito, verán las cosas que hago en el agua, para que se formen una ligera idea de lo que haré en seco.

Dib. de Demetrio.





Una graciosa escena del *vodevil* alemán titulado "¡No desconfíes de ella!" El gracioso caricato (de cuyo nombre no recordamos) que aparece en la "foto", hace desternillarse de risa a los espectadores y ella, la monísima Berta Müller, no resulta menos graciosa, y sugestiva en la gran cinta.



R. 4918

COSQUILLAS

REVISTA COMICO SATIRICA

Aparece los sábados

Administración:
CENTRAL ADMINISTRADORA

DE
PUBLICACIONES Y EDICIONES

Paseo del Dr. Esquerdo, 6. Tel. 22.17 S.

Toda la correspondencia al Ap.º 9.035

Precio del ejemplar: 30 cts.

Director: INCORDIEZ

Año I Madrid, 11 de Diciembre de 1926 Núm. 11



PE LLIZ COS

El Ayuntamiento acordó pedir para D. Cecilio Rodríguez, jardinero mayor del Ayuntamiento, la medalla del Trabajo.

Suponemos que se habrá estudiado concienzudamente el dibujo alegórico, y que éste será dos hachas cruzadas en campo de... desolación.

En Nueva York se ha instalado con gran éxito una escuela para casados y casadas, a la que concurren mujeres en su mayoría.

En esta original Academia se las enseña lo más útil y práctico para la felicidad del hogar, o sea, a guisar, planchar, barrer, limpiar el polvo y la manera más rápida de poderse divorciar cuando les convenga, tengan razón o no la tengan.

Parece ser que las discípulas, puestas a elegir en su aprendizaje, muestran más interés por conocer el modo más práctico de divorciarse que aprender a limpiar el polvo.

Esto nos parece muy natural. Una vez divorciadas, ¿para qué ne-

cesitan aprender una cosa que ya no les es necesaria?

Para la Asociación de Inquilinos. Ahora que esta benemérita agrupación actúa con tanto entusiasmo para defender a sus asociados y evitar que se les pueda expulsar de sus hogares por los implacables caseros, nosotros creemos beneficiarles brindándoles una idea que seguramente no está prevista en sus estatutos.

La de que se considere incluidos en el Decreto desde el suntuoso y marmóreo panteón de familia al gredoso y modesto nicho de tercera sin lápida. Hay que evitar la repetición del caso de Sevilla, en que por una pequeña deuda se le ha querido privar a un ciudadano del derecho de pernoctar durante toda su muerte en un magnífico panteón de familia. Cuando menos, debe tenderse a que al inquilino se le den los tres avisos y un plazo prudencial para que se mude de nicho. Pero eso de que se le pongan, sin más ni más, los huesos en la calle...

Leemos en la Prensa: "El concierto de las Vascongadas."

Suponemos que siendo de las vascongadas lo dirigirá el maestro Guridi.

Este número ha sido revisado por la censura.



CONSEJOS POR DIAZ ANTON

No te amargues la vida tú mismo con la obsesión de que se duda de tu talento. A lo peor no lo tienes y te torturas inútilmente.

Siempre que no se trate de tu santa madre y de tus hermanas, no respetes boca de mujer que se te ponga a quince centímetros de la tuya (de tu boca). Besa. Si es soltera, se enfadará mucho..., al parecer. Si es casada, te dará un quantazo... la primera vez. Y si es viuda la tendrás que pegar patás en las espinitas para que te suelte.

No creas ese cuento de que los hijos que no se parecen a ti es que han dado el salto atrás. Procura esclarecer los hechos, no vaya a ser tu esposa la que haya dado el salto.

Si al salir de tu casa te encuentras tres curas, considera el encuentro como lo más natural del mundo, y nada tienes que pensar con respecto a la coincidencia, y hasta te motejaré de ignorante crédulo si estimas que el encuentro es de mala sombra. Pero si en vez de tres curas te encuentras con uno solo y es el que te casó, procura reportarte, a pesar de la razón que te asiste.

No persigas cruelmente a los desdichados que no pueden sustraerse a la torcida inclinación de sus instintos sexuales. Y si los odias, no les amenaces como a aquel que contestó: "¡A que pierdo el tren!"





Ayer la he visto. Parecía un mastodonte con aquel pechazo y aquellas patatas y aquel colodrillo colgandero que se la escapaba por debajo del churro doméstico que llevaba audazmente en la cabeza. Iba del brazo de un pobre hombre—su marido, sin duda—, y arreaban entre los dos una piara de seis muchachuelos zanquilargos y carihambrones. ¡Qué prolífica ha resultado la puerca! ¡Quién había de decirlo, cuando yo la conocí hace veinte años, en no quiero acordarme qué pueblecito de Cataluña, adonde me llevaron incidentes de mi oficio de entonces—“castigador”, para servir a ustedes—. La Ramonetta era la chiquilla más maja de la contornada. Ni alta ni baja, ni gruesa ni delgada, ni guapa ni fea, tenía en todo su aire y en aquellos ojazos profundos, tan descaredillos para mirar a los hombres, un halo de sensualidad despampanante. Vivía en una callejuela tortuosa, que era cruzada cien veces a diario por los pollancos de la localidad, y la guardaban su padre, su madre, su abuelita y hasta once hermanos, en edad de darle a uno un disgusto serio si se paraba demasiado rato frente a los balcones de la bella. Porque la Ramonetta, que tenía bien ganada fama de coquetuela, estaba vigiladísima por los suyos. Por lo visto, cuando aun llevaba las faldas por encima de las rodillas, se había escapado del colegio cierta tarde, para ir a peras con un señor casado—¿qué tal?—, y desde entonces un “madgyar” la acompañaba por doquiera. Pero la Ramonetta fué novia mía. Las chicas como la Ramonetta están predestinadas a los forasteros. Me puse al habla con ella en unos bailes de sociedad que daban en el casino los domingos, y quiso el diablo que yo les fuese grato a los hermanos y al padre, al punto de permitirme—¡caso insólito!—llevármela sola al “buffet” y acompañarles luego hasta su casa. ¡Y fué ella, bendito San Antonio, la que me lo propuso! Sí, fué ella. Fué ella la que me dijo que si yo acudía al callejón al sonar las dos de la madrugada, cuando ya dormían todos en su hogar y en el pueblo, ella, Ramonetta, la apetitósísima, bajaría al portal y me franquearía el acceso.

—¿A tu alcoba, chiquilla?...

—No, al portal, nada más. Allí habla-

remos a solas y podremos besarnos sin ruido.

Besarse sin ruido es un programa. Probad. Esos besos en que los labios chascan son besos birriosos, besos de gente que chochea. Los besos sin ruido son besos suculentos, besos húmedos, besos jóvenes, introito más que final, promesa más que ofrenda. Bueno. Cometí la torpeza de aceptar al envite, y durante una semana me hinché de comerme a besos todos los labios de la Ramonetta. Salía del portal como un ebrio, al despuntar el alba, y luego, en la fonda, no podía conciliar el sueño, pensando en lo que fatalmente tendría que ocurrir, porque a mí, decidido a no quedarme en el portal de la Ramonetta, se me había puesto en la cabeza penetrar en su alcoba. Sólo débiles objeciones opuso Ramonetta a mi propósito.

—Subir, puedes subir; pero con una condición: la de no hablar una sola pa-



—¿Y gana mucho la nena con la confección de sombreros de caballero?

—Verá usted. Ahora, en invierno..., no mucho, porque con los de fieltro tarda más; pero este verano último tuvo días que... ¡bueno! ¡Seis pajas en media hora!

labra ni lanzar un solo suspiro. Duermo en la misma alcoba que mi abuela; pero eso no importa, porque mi abuela es sorda. Si quieres...

Quise. ¿Cómo no iba a querer? Subí decidido a jugarle el todo por el todo. Ramonetta me guiaba en la oscuridad absoluta. Trepamos por las escaleras. Abrió una puerta. Me empujó dulcemente:

—Pasa y desnúdate. Véme dando la ropa—me susurró al oído.

La obedecí. Sólo se oía en la estancia el dulce roncar de la abuelita.

Ya en camisa Ramonetta me enderezó hacia el lecho.



Ella (al pollo).—No me sigas, que esta carabina tiene orden de no dejarme que flirtee, y tiene un genio atroz. El.—Bueno; si se va a disparar tu carabina, me retiro.

Dib. de Cambringe.

—Aguarda, que ahora me acuesto yo. No hables, por Cristo vivo...

Pero en aquel momento se oyó clara la voz de la abuelita:

—¡Ramonetta!... ¡Ramonetta!...

—¿Qué quieres, abuelita?...

—¡Da la luz, Ramonetta!...

—No es posible, abuelita; está rota la llave.

—Enciende una cerilla.

—No tenemos cerillas, abuelita.

—Estoy muy intranquila. No hago sueño seguido. Tengo miedo, como si hubiera ladrones en el cuarto...

—Bobadas, abuelita. ¿No ves que estoy contigo? Es que cenaste mucho.

—No, Ramonetta; tengo miedo, hija mía; acuéstate conmigo, aquí, en mi cama.

—¡Abuelita, por Dios, que está usted loca!...

Pero la abuelita—¡mil y mil veces bruja!—había saltado de su lecho y se pasaba al mío, al de Ramonetta, donde yo estaba prisionero entre la anciana y la pared.

Y se acostó a mi lado. Se acostó a mi lado y me cogió una mano entre las suyas. Hasta clarear el alba no se durmió la arpía. Me deslicé hasta el suelo por los pies de la cama y Ramonetta, que a duras penas contenía la risa, me fué dando mi ropa.

Al día siguiente salí del pueblo y me torné a Madrid. No había vuelto a saber de Ramonetta hasta ayer, que la tropecé convertida en un mastodonte. Me dió rabia y risa. Rabia por el recuerdo de aquella noche infame. Risa pensando que aquel infeliz que le llevaba colgada de su brazo también se habría acostado con la abuelita alguna noche.

Porque—y esto es lo horrendo—me aseguraron luego que era un truco frecuente de aquella "demi-vierge" pueblerina...

LEOPOLDO BEJARANO.

POR ESOS «CINES»

Princesa.—“El gran desfile” es, a no dudar, el éxito clamoroso del año, y aun del quinquenio. En esta hermosa producción, que la Metro Goldwyn ha lanzado recientemente, vive y late la verdad plástica de la gran guerra con una emoción y un verismo jamás alcanzado.

Afirmamos rotundamente que “El gran desfile” batirá el *record* de la duración en los carteles.

Cine Madrid.—En este *cine*, que debiera titularse la catedral de las cosas bonitas, han sido pasadas, con el éxito a que nos tiene acostumbrados, “La inquietud de Nueva York”: “La madre-cita”, sentido *film* de la marca Arkes, y “S. A. el Príncipe”, bellísima cinta, marca Metro Goldwyn, que es una suprema garantía.

Pavón.—“Destino” ha sido uno de los éxitos mayores de este local, así como “La inquietud de Nueva York”.



DONCELLA ARISTOCRÁTICA, por Picó.

(Consultando a la margarita).—¿Me rendiré a los halagos del señor conde? ¿Me casaré con un cochero? (Interrumpiendo la consulta a la margarita.) ¡Bueno, yo creo que el señor conde no será tan exigente que prohíba al pobre Juan que me visite de vez en cuando!

Real Cinema.—De éxito verdad puede calificarse el alcanzado por la bella cinta “El séptimo chico”. También ha gustado altamente el *film* “Calvario de amor”.

Dos próximos estrenos.—La acreditada marca Fox-film va a lanzar a la pantalla muy en breve dos magníficas pro-

ducciones, a las que por adelantado auguramos el más completo éxito. Una, titulada “Puños y cascos”, se estrenará en el Cine de San Miguel, y la otra, “Siberia”, serán dada al público en el Cine Madrid.

DELFY



Cosas de Belorcio

¿Nos ponemos de acuerdo?

Vamos a intentarlo.

Frecuenta el tranvía que yo utilizo a diario una pollita de cabeza ondulada, talle gentil y extremidades inferiores completamente demetrianas.

El traje que luce esta pollita es corriente.

Especialmente la faldita, no tiene nada de particular. Ni de particular, ni de tela.

Escasamente una cuarta de tejido liviano.

Y si una cuarta es suficiente para una niña, para una pollita es poco.

Como va a demostrarse.

Cuando la pollita de mi relato está de pie, el borde de su falda se esfuerza por rozarle las rodillas y casi lo consigue.

Pero en cuanto se sienta, la faldita sube, se encoge, se achica hasta metamorfosarse en un corsé faja.

El referido encogimiento de la precitada faldita deja al descubierto—¡vaya caída de peligro!—, en todo su ebúrneo esplendor, un par de piernas que...

Vamos por partes, porque, hablando de estas piernas, hay que ir por partes en seguida.

Finas en el tobillo, sin destacar el hueso, engordan en una suave graduación ascendente para remontar graciosamente la carnosa rodilla y perderse en opulencias sospechadas hasta el opíparo desbordamiento de las caderas.

¡Nada más que eso!

Como es natural, los viajeros clavan

sus ojos en las gemelas maravillas abocetadas, y el mejor día ¡van a salir a bocetadas por disputarse el asiento vecino al de la pollita a quien aludo!

¡Y aquí de los paradójicos apuros de la gentilísima viajera.

Apenas nota que sus piernas son el blanco—¡un blanco para hacer mil dianas!—de las miradas de los viajeros, la muchacha abandona el bolsón en el regazo y, con sus enguantadas manitas se pinza el borde de la falda y se esfuerza en estirla hasta los aledaños de la rótula.

Solamente consigue con su maniobra, ¡claro es!, que si algún viajero distraído con la lectura del periódico, o francamente idiota—que aun quedan—no se había fijado en las gallardas patitas, lo haga entonces, engrosando el número de los voraces mirones a quienes las niñas íes bailan la *Canastera* bajo los párpados.

Y aquí entro yo. Aquí entro yo, literariamente hablando, porque lo que es en el tranvía entro cuando la pollita.

¿Para qué tantas precauciones, mi arrebatadora viajera?

O, ¿para qué tan poca tela, mi subyugante jovencita?

Aquello y esto se dan una de puñetazos como para arruinarse pagando juicios de faltas.

¿Que no la gusta a usted que la miremos esos dos pedazos de paraíso que arrancan de su cintura y que arrancan gemidos de angustia?

Pues con añadir dos cuartas de tela a la faldita, tan guapa.

¿Que lo que a usted le gusta es que los babeantes mortales que suben al tranvía en que usted viaja, se desojen, se licuen, se descuajaringuen y se escachifollen mordiéndole las mollas con los ojos?

¡Pues déjese usted de tironcitos, chisperaza, ladrona!...

Porque usted no se ha dado cuenta del peligro que corre...

Viéndola en pleno ataque de coquetería, yo he llegado a acariciar nerviosamente en mi bolsillo la culata de mi pistola, con la criminal intención de meterle una bala en el veleidoso cráneo...

Y como persista usted en el incitador jugueteo, el mejor día se la incrusto.

¡Eso es vetusto!

Parece un cuplé, pero es más serio que Bergamín.

Al tiempo.

¡Vamos, hombre!

BELORCIO



La vieja.—¡Osú, ía, qué hermosa y qué gordisma!
La novia.—¡Por Dios, Rafaliyo, que nos han visto!

En el próximo número daremos un capítulo de "La mujer que se hinchó de esperar". original de nuestro suscriptor D. Antonio R. del Real.



EL SEXO DEBIL, por Demetrio.

La señora.—¿Y cómo sabes que tu no.ño tiene más fuerza que tú? ¿Has probado las fuerzas con él?

La doncellita.—¡Digo! Y que no falla. Yo, para vencerle, tengo que emplear toda la mano, y él, con un solo dedo, me deja hecha unos zorros.

Cuentos al oído

Sorpreſa

El abogado don Senén Navarro—un abogado viejecillo, con el rostro más arrugado que una pilonga, tripón, nerviosín y rechoncho como un chaparro—regresaba a su pueblo desde la capital, donde había defendido un pleito. Apeóse del tren cuando aun se hallaba éste en marcha y corrió desatentado hacia su casa. No estaba el tiempo, desde luego, para ir despacio. Era una noche invernal. Caía el agua a torrentes y el viento rugía, galopaba y silbaba por el lugar como si quisiera arrastrarlo en su precipitada carrera. Le urgía, por consiguiente, a don Senén encontrarse cuanto antes en su hogar, libre de aquellos ho-

rros. Así, pues, no paraba mientes en nada. Destripaba charcos, esgrimía el paraguas, que parecía de charol a la luz mezquina de los faroles, y, como además era miope y las gafas las llevaba de adorno pendientes de un cordoncito sobre la redonduela panza, saludaba a los troncos de los árboles confundiendo los con los serenos y tropezaba con éstos sin decirles una palabra por creerlos recios troncos de olmos o de acacias. Al volver de una esquina, un zarpazo del viento le volvió repentinamente el paraguas que tornóse semejante a un gigantesco murciélago moribundo agitando en el aire sus alas membranosas. En vista de ello, don Senén corrió más todavía, perseguido por unos perros vagabundos, que lo escoltaron un buen trecho. Llegó, al fin, a la puerta de su casa. Mientras introducía la llave en la cerradura, pensaba: ¡Qué sorpresa para mi mujercita! No me esperaba hasta mañana. ¡Se va a poner más contenta! ¡Porque me quiere mucho mi Beatriz!... ¡Y pensar que anoche le fui infiel!... Cierito que no fué mía toda la culpa,

sino de mis amigos... Empezaron a embromarme... ¡Y era una buena hembra la condenada que me tocó en suerte! Aunque no tanto como ella...

Ya dentro de casa, don Senén limpióse instintivamente la boca, como si deseara borrar la huella de los besos de la noche anterior. Su mujercita le besaría en seguida y él sentía escrúpulos, de que sus labios se posaran donde se habían posado los labios de la otra. ¡Bonitos labios los de la cortesana! Rojos, recios, sensuales, devoradores; labios que, donde se posaban, levantaban llamas. Pero no como los labios de su Beatriz... ¡Labios divinos que destilaban néctar y ambrosía!...

Hallábase, en tanto, don Senén en el pasillo. Aun no había llegado a la alcoba, cuando dejóse oír la voz de su esposa, que clamaba trémula de angustia:

—¿Quién anda por ahí?

El abogado para tranquilizarla, le dijo con un tonillo de campana hendida:

—Soy yo, Beatriz. No te alarmes.

Beatriz, sin embargo, debía estar ya muy asustada, porque don Senén la oyó ir de un lado para otro, arrastrar los muebles, tropezar y hablar sola, como enloquecida de súbito. Don Senén pretendió entonces abrir la puerta, pero notó que estaba cerrada por dentro.

—No temas nada—insistió suavizando su áspera voz—. Soy yo, mujer. Abre a tu maridito.

—¿Mi marido usted?—le replicó Beatriz desde dentro—. Mi marido no regresará hasta mañana.

—Es que he adelantado el viaje... Ya te explicaré... ¿No conoces mi voz?

—La voz puede fingirse. A lo mejor es usted un ladrón o quién sabe si un asesino... ¡No abriré!...

—¡Ay, Beatriz! El miedo te hace desvariar. Te daré, no obstante, tales pruebas de mi autenticidad que habrás de creerme. Mira: al marcharme, me hube de poner por consejo tuyo unos calcetines de lana contra el reuma.

—¿Cómo son?

—Grisés, con unas rayas negras. Y me encargaste además una cajita de polvos, marca "Relente de miosotis melancólico". Y, como a mí no me duelen prendas, ahí va otra prueba, que te tranquilizará por completo: Yo he dormido muchas veces con mi mujercita y sé que ésta tiene, debajo del seno izquierdo, un lunar adorable, digno de ser devorado a besos... ¿Dudarás todavía, Beatriz?

Beatriz abrió la puerta por toda contestación. Don Senén, que entraba con los brazos abiertos, los cerró sin haberla abrazado, porque la cuitadilla corrió a la cama y casi desapareció entre las sábanas en menos que se cuenta. Sólo se veían sobre la almohada sus negrísimos cabellos descrenchados simulando un haz de víboras tenebrosas. Don Senén los besó con unos ósculos caducos, mientras hipaba a su oído mimosamente:

—¡Mujercita!... ¡Vida!... ¡Con lo que yo te quiero!... ¡Con las ganas que tenía de verte!... ¡Vuelve hacia mí esa carita de cielo!...

Beatriz, al cabo, sacando la cabeza de debajo de la ropa, le dijo:



Una silueta apetecible en todo su perfil.

Dib. de A. M.



El.—No sé a qué esa cortedad.
Ella.—Como es la primera vez que salga
sin carabina.
El.—No te apures, porque yo voy preparado.
Dib. de Herrerós.

—No te perdono el susto que me has
dado. Estoy temblando todavía. Mira
cómo me palpita el corazón...

Al hablar así, Beatriz miraba a su es-
poso con sus ojazos negros y le mostraba
desnudos los pálidos hombros y el ne-
vado seno, inquieto en su nidial de en-
cajes. Don Senén echó sobre éste su
zarpa rugosa con el gesto de un avaro
que palpa su oro y la mantuvo allí un
rato, mientras se dibujaba en su sem-
blante una mueca grotesca de sátiro ju-
bilado.

—Esto no es nada—exclamó al fin—
Ya se pasa.

—Que no se te ocurra—le conminó la
esposa—el regresar otra vez de ningún
viaje sin avisármelo. Un nuevo susto
me mataría.

Don Senén desnudóse rápidamente can-
do saltitos para colgar su ropa y alcan-
zar un gorro de dormir. Parecía un gno-
mo en su covacha. Cuando se hubo me-
tido entre las sábanas, quiso acercarse a
su mujer; pero ésta lo rechazó dicién-
dole:

—No te arrimes a mí esta noche. Sigo
muy enfadada contigo. Duerme y des-
cansa.

—Pero considera, Beatriz, que yo sólo
me propuse darte una sorpresa...

—¡Duerme y descansa!—insistió la
mujer.

—¡Bueno! Te obedeceré hoy; mañana,
en cambio...

—Mañana será otro día...

Quedó la alcoba a oscuras y silenciosa.
Pasado, sin embargo, algún tiempo, don
Senén, sentóse de súbito en la cama y
exclamó:

—¡Caramba! ¡Se ha parado el reloj!
No oigo su péndola.

—Es que me olvidé de darle cuer-
da—le contestó vivamente Beatriz.

—Yo se la daré. El reloj me acompa-
ña mucho. Diríase que es el alma de la
habitación.

—Estate quieto ahora, maridito—le or-
denó cariñosamente la esposa rodeándo-
le al cuello de alambre los ebúrneos bra-
zos—. No bajes de la cama. Podrías co-
ger frío, acatarrarte, atrapar una pul-
monía y hasta morir...

Todo fué en vano. Don Senén aban-
donó el lecho y aproximóse al reloj. Tra-
tábase de un reloj antiguo, encerrado en
una caja enorme, como en un ataúd. El
abogado intentó varias veces abrir la
portezuela, mientras Beatriz tendía hacia
él los brazos imploradores. La portezu-
ela no cedía.

—Debe haberse hinchado con la hume-

dad—explicó don Senén dando un tirón
más fuerte que los anteriores.

El reloj, entonces, perdiendo el equi-
librio, derrumbóse sobre don Senén con
gran estrépito. Don Senén, descalabrado
y sin conocimiento, rodó por el suelo.
A la violencia del golpe abrióse la mal-
dita portezuela. Y un joven entumecido,
pálido y desgrefiado salió de las entra-
ñas del reloj. Beatriz, al verlo, le dijo
con voz queda:

—Lo hiciste de propósito... para es-
capar... ¡Ya lo sé, Luis!... ¡Vete, pues,
vete en seguida! ¡No sea que Senén
vuelva otra vez en sí sin avisar para
darnos una nueva sorpresa!...

Hubo un beso alado en las bocas tre-
mantes, tras del cual el joven, de pun-
tillas, desapareció entre las tinieblas del
pasillo...

José A. LUENGO

¡Vaya Almanacazo el de "Cosqui-
llas", más estupendazo!



—En esta carta me dice Rodrigo que le espere a las seis, y
en ésta me dice Mateo que no salga hasta las siete, por si puede
venir. ¡Nada, que no sabe una a qué carta quedarse!

Dib. de Santaballa.

El Club Femenino

Por José L. Barberán

"Anoche se inauguró el Club Femenino, integrado por un gran número de señoras, etc."
(De varios periódicos.)

SEÑORAS...

Yo les felicito a ustedes por su flamante casino y ruego a vuestras mercedes que en él me den un destino.

Por modesto que éste sea y poco retribuido quiera el cielo que yo vea tan alto honor conseguido,

que en servirles hallaré la gloria que el mundo encierra y el más dichoso seré de los hombres de la tierra...

¿Qué mandatos o deseos ustedes me indicarán que al momento, y sin rodeos, satisfechos no verán?

Pues juro en modo conciso por mi amigo Belcebú, que supliré si es preciso al faldero o al *lulú*.

De mis servicios, no hablemos si han de agradecerles o no, pues de momento callemos cómo he de moverme yo.

En invierno y en verano madrugaré, y, sin pereza, les afinaré el piano y les haré la limpieza,

para lo cual barreré desde el salón al portal y la esponja pasaré a la parte principal.

Por si acude amablemente de visita un caballero les limpiaré diligente el gabinete trasero.

Y si les gusta al billar jugar un ratito a solas yo les puedo colocar con mucho gusto las bolas.

Además les quitaré el polvo de los vestidos y al *quite*, ¡es claro!, estaré cuando lleguen sus maridos.

Si mientras están jugando a sus niños quieren ver yo los traeré, y, en mamando, ¡hala!, a casita a volver.



DISIMULO, por Picó.

—Yo creí que tratabas con más confianza a tu protector; pero veo que le tratas ceremoniosamente en las cartas.

—Mujer, en la intimidad le tuteo; pero en las cartas le pongo con don en el encabezamiento...

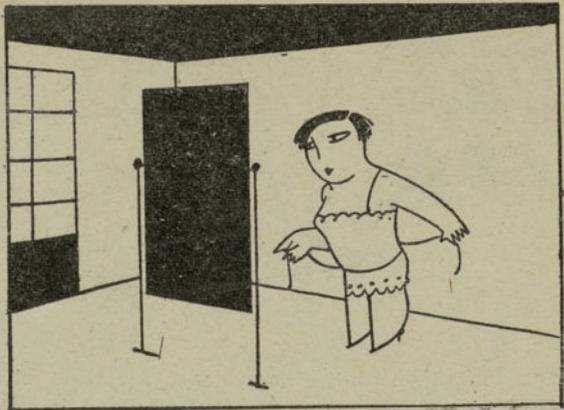
Señoras: Esto yo ofrezco, que no es poco prometer; si lo aceptan, lo agradezco, y si no, ¿cómo ha de ser?

A vuestra planta elegante postrado estoy por entero...
Postdata: Soy arrogante, joven, fornido... y soltero.

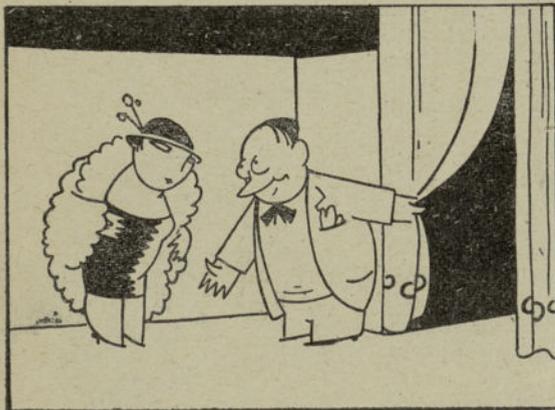
EL DEFECTO, POR MIHURA



El famoso literato.—Una admiradora me escribe diciéndome que vendrá esta tarde a pasar conmigo un rato de amor... ¿Cómo ocultarla que soy tartamudo? ¡Oh, si yo pudiese quedar bien con ella sin necesidad de hablar!...



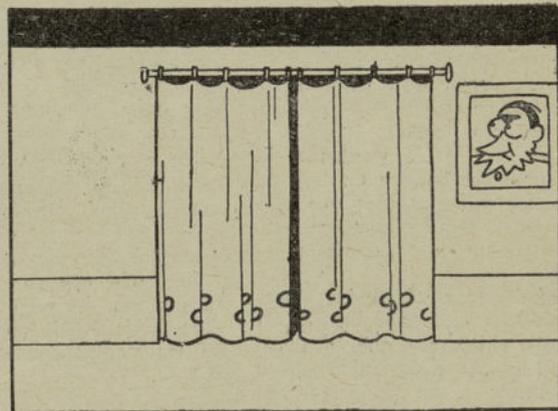
La admiradora del famoso literato.—Esta tarde voy a ver al famoso literato, y quiero que quede satisfecho de mí, pero sin que note que soy tartamuda. ¡Oh, si se pudiese amar sin tener que decir nada!...



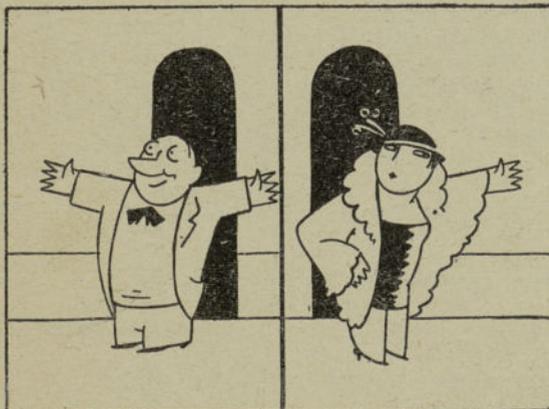
(Cuando llega la dama, el famoso literato, con una inclinación de cabeza, hace pasar a su admiradora a un lugar donde hay un mueble con rellenos de lana.)

Ella.—Me parece que se me ha ocurrido un medio...

El.—Creo que he dado con la solución...



(Hay un silencio absoluto; en la habitación no se oye decir ni "negraza de mis poros", ni "que bestia eres, pedazo de cerdo", ni ningún término cariñoso de esa especie. El autor les suplica que, mientras los protagonistas no aparezcan, se entretengan ustedes contemplando el bonito óleo de la derecha.)

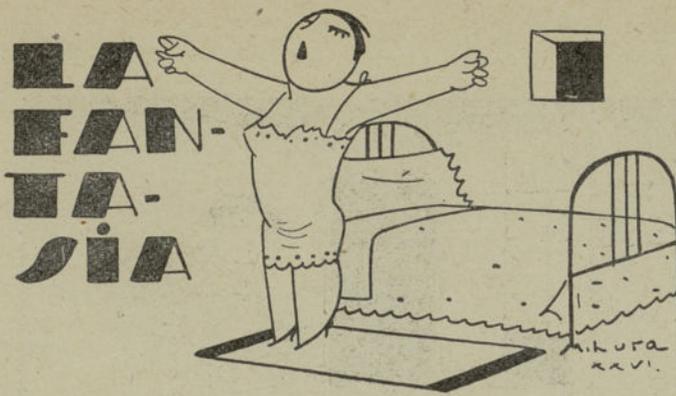


(Han pasado veintidós minutos.)

El.—Ella ha quedado satisfecha de mí, y no ha hecho falta ponerle de manifiesto mi defecto físico...
Ella.—El queda con tentísimo, y no se ha dado cuenta de mi tarta mudez.



—Oiga usted, Gutiérrez: ¿Usted entiende esta historieta? ¿Qué demonio han hecho estos puntos para no haber tenido que hablar ninguno de los dos? —



Los hombres voluptuosos tenemos una fantasía que la de "La verbena de la Paloma" junto a la nuestra, es un toque de diana interpretado por un corneta nervioso al que se le está muriendo su madre.

La mayoría de los que masticamos garbanzos en este cofre vemos a una joven pálida y con unas ojeras como dos perras gordas, y nos decimos poniendo los ojos en blanco leche.

—Esta muchacha se debe dejar aparte los padrastros en el índice, porque tiene cara de ser una refinada.

Y empezamos a darle vueltas a la idea y a imaginárnosla con un lujo de multimillonarios y de detalles que terminamos nosotros a la mañana siguiente por tener las mismas ojeras que la joven susodicha.

Y lo verdaderamente jocundo es que jamás suponemos que la causa de la palidez de la chica, sea que la duele el estómago, o que posea sabañones o que tenga grave a un tío suyo con pesetas y con ciática.

Siempre llevamos en nuestra imaginación el pensamiento libidinoso ujo, como los preciosos de "Eureka", y en nuestra mente no caben más ideas que

las concierntes al pecado original y sus derivados solistas.

Yo conozco de vista cansada, individuos altos, que darían dos duros y unos tirantes, por saber lo que hacen las mujeres cuando se acuestan a solas.

Ellos se figuran que las del elemento femenino, al acostarse, se ponen delante de un espejo, se miran coquetuelas, y mientras van desprendiendo lazos y automáticos, se dedican a contemplar sus carnes frescas, sus formas incitantes, hasta que ellas mismas terminan por acariciarse.

Un servidor ha visto por una grieta de un zócalo meterse en la cama a una doméstica de Vallecas, y les juro a ustedes que eso de acariciarse es falso como un duro de Triana.

La noche que yo ví este gran espectáculo, era domingo y la joven servidora había estado por la tarde bailando en las Ventas con un pretendiente pañero.

Yo me figuré, con razón, que la chica vendría un sí es o no calurosa y que al acostarse se dedicaría a pensar en las gracias del vendedor de alcachofas y que el pensamiento le haría desencolar el catre levemente.

Bueno, pues no, señor. Cuando la chica terminó sus quehaceres en la cocina y entró en su cuarto lo primero que hizo fué sacar del bolsillo del delantal dos castañas, empezar a mondarlas con un alfiler de cabeza marrón, y cuando al cabo de dos horas justas las dejó de blancas que parecía que las habían asustado, se las comió con un deleite que ni que fueran langostinos con mayonesa.

Después atizó un bostezo que desempapeló la estancia y empezó a desnudarse con una mala gana que daban ganas de ayudarla para que acabase antes.

Se quitó la enagua, se quitó el pantalón, se quitó una camiseta de lana que era una birria y a los dos minutos se había metido en el lecho y aun no había terminado de apagar la luz cuando empezó a emitir unos ronquidos que se debían oír en Badalona.

Y la joven no era fría ni mucho menos, porque después conocí a un novio suyo y me dijo que cuando salía con ella de paseo, además de llevar doce

pañuelos de hilo, llevaba siempre un frasco de aceite de hígado de bacalao, porque el amor de la doméstica no se podía soportar sin nutrirse cada cuarto de hora con un reconstituyente.

Y es que las mujeres son amantes de las cosas prácticas, y los solitarios los dejan para las barajas de Vitoria.

Es como esto:

Yo había oído decir en mi débil juventud que algunas mujeres usan unos objetos que surten el mismo efecto que los amigos cuando vienen a darnos el pésame por la muerte de un ser querido.

Y tras de cavilarlo dos o tres semanas me decidí a registrar el mundo de mi propia doncella, chica de veinticinco años, con ojeras y palidez, y que en mi opinión debía usar objetos sospechosos.

Y una tarde que ella había salido, metí mano al cofre y fui encontrando lo siguiente:

Dos camisas planchadas bastante mal, y tres pares de medias de seda, que yo me dije: Estas medias se deben haber terminado porque aquí veo un punto.

Después ví una docena de cosas de tela blanca alargadas, y en cada una de



NEGOCIO VENTAJOSO, por Herreros.

Ella.—¿Y pones esa cara tan mustia porque he vendido la cama? Calla, tontín. ¡Si me costó diez duros y he ganado encima cuarental!



COMPENSACION, por Herreros.

Uno.—¡Chico estoy hasta aquí de mi mujer.

El otro.—En cambio tu sobrino, que también está harto de ella, no es de tan alto.

ellas bordada con hilo rojo, un mes distinto y una fecha igual.

Aquella chica era mas ordenada que un caballero de la orden de San Herenegido.

Y cuando vi una caja atada con una cuerda, es cuando me dije: "Aquí debe estar el aparato. Estoy seguro como en una estera". Y me lié a desatar el bramante y a ver lo que aquella caja atada contenía.

Pero, sí, sí. Lo que había en ella eran unas veintitrés postales, con fotografías en colores, representando, bien una joven sentada en una góndola y un fulano de smoking, detrás, diciéndola palabrotas de amor, y en cuyo dorso se leía: "Celipa. Me alegraré quel día de tu santo estés muy bien. Padre y Madre"; o bien una golondrina en relieve, surcando el espacio y con un sobre en el pico y en el que también se felicitaba a la chica en su fiesta onomástica.

Y después dos o tres fotografías de un "Kodak", en las que muy confusamente se veía a una señora anciana y apaletada dándole cacahuets a un mono de la casa de fieras, y que debía ser la madre de la marmota, porque en otra estaban las dos abrazadas y se las apreciaba un parecido notable y sobresaliente.

Yo me dije: "Bueno, pues el chisme tiene que aparecer. Que lo tiene es de crépito, como Thuillier".

Y deslié otro paquete, sacando de él una rosa de trapo bastante deteriorada, dos dedos y un montón de misivas, en las que también felicitaban por su cumpleaños a mi sirvienta registrada.

A aquella muchacha le felicitaban más que si hubiese salvado a un párvulo de una catástrofe marítima.

Y a la media hora de buscar infructuosamente descubrí por fin en el fondo del baúl una cosa alargada envuelta en papel de seda.

Di un grito estentóreo y exclamé alegre: ¡Aquí está la cosa anhelada!

Pero ¡miau!: al desenvolverlo, lo que encontré fué una boquilla de ámbar que me había desaparecido hacía dos meses y que no había encontrado ni poniendo anuncios en los grandes rotativos.

Y esto fué lo único sorprendente que encontré. Lo demás, pura fantasía.

Las gachís quieren cosas reales y cuando no las tienen se guardan como ésta, la de fumar en el cofre y ¡a vivir! hasta que les salga un gachó.

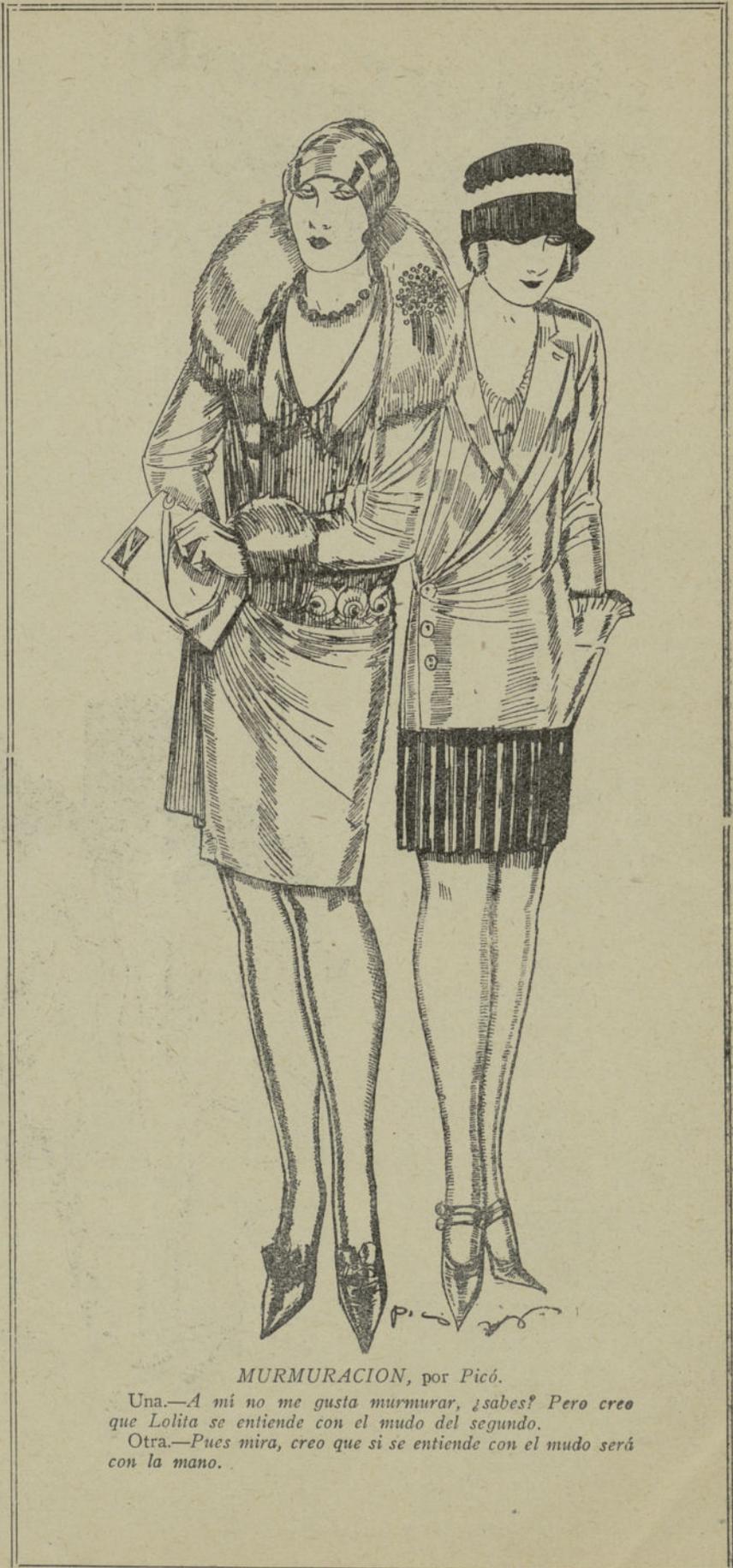
Y lo demás son naranjas de Tokio.

¡Y pensar otra cosa, es hacer el natural de Calcuta!

¡Nos ha fastidiado!

Miguel SANTOS.

(Ilustración de Mihura.)



MURMURACION, por Picó.

Una.—A mí no me gusta murmurar, ¿sabes? Pero creo que Lolita se entiende con el mudo del segundo.

Otra.—Pues mira, creo que si se entiende con el mudo será con la mano.

Mucha belleza y mucha gracia, sólo en el Almanaque de "Cosquillas", que se pondrá a la venta muy prontito.

La Mujer Que se Hinchó De Esperar...

Tan novela como la primera

CAPITULO VII

EN EL TEMPLO DE LOS LAMAS, EN COREA.—DOS VUELTAS A LA COREA.—EL QUE NO ES LAMA, SE ARRODILLA CUÁNDO MENOS.—YATA DAO EN ACCIÓN.—DOÑA CLARA SE TRANSPARENTA.

Nada tan fácil al novelista, por incul-tado que sea, como llevar al lector a las más apartadas regiones del *mongolfier*. Ora le arrastra a las regiones árticas, en donde la foca enciende al foco y el oso blanco se pone negro de encargar ositos a París, como le lleva a las regiones en las que pone usted un huevo al sol y a los cinco minutos lo tiene usted que partir con azuela si lo quiere usted para ensalada.

Y es que el novelista tiene en su imaginación un a modo de *billete de caridad* que le permite trasladarse de uno a otro continente sin sacudirse dos gordas por pasaje. Yo podría hacer constar en este capítulo las citas de muchos autores, pero esas cosas íntimas no se deben chismorrear... Cada cual tiene sus flaquezas y sus defectos.

¿Vamos a Corea? Pues quítense los tirantes, que no hacen falta. Ya estamos en la montañosa región en la que abundan los templos budistas, en cuyos templos se hace una vida tal de recogimiento, que se le cae a usted un duro, y no ha llegado al suelo cuando ya lo han recogido.

Con los lectores y con el novelista, vienen, aparte los personajes de esta novela, Clara Boya, y su *macarrón* Ulpiano *El Güeva*. Van discutiendo acaloradamente, y doña Clara le grita:

—¡Tú tienes la culpa de que la Suizo haya descubierto antes que nosotros a la hija del lama!

—¿Yo?—replicó *El Güeva*.

—¡Tú, sí; por ser un anticuado en tu comportamiento con las mujeres. La chiquilla ha vivido en tu misma casa, y siendo tan bonita no se te ocurrió ni por curiosidad ponerle los puntos.

—Es que aunque se los hubiera puesto, se los hubiera puesto a la española y a oscuras, que es como ya sabes que me *sastiface*. Yo no me entretengo en mirar a las mujeres en postura de limpiabotas, y con esto no quiero ofender al honrado gremio al que pertenezco. Yo no soy la Suizo, que el día que no se arro-

dilla se le tuerce la vista. Yo soy un macho.

—¡Y yo soy una gachi! Pero los once millones que el gran lama ofrece al agente de los que estamos a su servicio, que encuentre a su hija, bien merecen una reverencia. Si yo me lo huelo, la ane-

mia de esa chica corre de mi cuenta; pero no me lo he olido.

—Estás muy gruesa.

—¡Estoy muy vaquería! Que ya me estás trepanando con mi obesidad... Lo que te digo es que si no llegamos a tiempo al templo del lama, para darle la noticia del paradero de su hija, con lo que, por ser los primeros, nos llevaremos la pasta, me veo alquilando *chaise-longues* de matrimonio por todos los días de mi vida, y ya estoy harta de que me pongan la cofia, puerta vidriera por medio. Que ya estoy violácea de oír: "¡Que me acude!" "¡Toma mi asadura!" "¿Pero que me elaboras, ladrón? y otras cosas que no quiero recordar porque por estos campos no hay más que peñas.

Ulpiano parecía confundido por los razonamientos de su *bicicleta*, y pasados unos momentos en que caminaron en silencio, dijo un poco sonrojado:

—¡Tienes más razón que un cliente de Leganés!... Yo debí de... probar.

—¡Naturalmente! Si eso ya está de moda y todos...

—¡No te ilusiones, Clara; que me pa-



—Me he enterado de lo que ha hecho usted con mi hija, y sólo vengo para lavar su honra.

—¿Sólo? Entonces, váyase tranquilo. ¡Yo le aseguro que a su hija no se le escapó ese pequeño detalle!

Dib. de Bluff.

rece entrever por tus palabras que te haces ilusiones...

—¿Pero no te gustan las gambas, so ladrón?—le gritó desesperada doña Clara.

—Me descuartizo por ellas—respondió él.

—¿No te desvaneces por el bacalao en crudo?

—Me anestieso por el de Escocia.

—¡Pues... igual, so pelmazo!

—¡Pues no es igual; y no te insinúes, porque no vas a sacar *na* en limpio!

—¡Eres un hombre cavernario!

—¡Eso lo será tu padre!

—No discutamos más porque ya estamos cerca del templo: cuando menos en él te arrodillarás.

—Bueno; me arrodillaré, aunque yo no debía arrodillarme, porque yo no soy lama.

Hemos penetrado en el templo. Estamos en el centro de una nave estrecha: más que una nave formal, es una barca del estanque del Retiro. Al fondo, una más que vaga, perezosa claridad, permite ver un estrado lleno de polvo. Bien se notaba que nadie había *estrado* allí en mucho tiempo, aunque el polvo parecía reciente. Algunos cojines colocados en el centro del estrado indicaban que allí se había de sentar alguien. De una estrecha puerta que había a la izquierda salió el gran lama, que saludó a nuestros personajes, haciéndoles la lira con la mano derecha. Después, y con gran ceremonia, se sentó sobre los cojines, y se debió hacer daño, porque no pudo reprimir un gesto de dolor.

Después de sentado ordenó a Ulpiano que se arrodillara y que hablara.

—Anda, Ulpiano—dijo doña Clara—; ¡y a ver esa lengua!

Ulpiano la dirigió una mirada que se



—¿Tú marido sospecha de tí?

—Ya no sospecha; ya tiene la certeza.

la dirige a un destroyer y le funde los cañones, y se arrodilló malhumorado pero dispuesto a emitir...

Pero volvamos a casa de madame Suizo.

La modista francesa se deshacía en atenciones con la atribulada doncella; le pedía perdón por lo que pudiera haberle hecho de malo, lo cual que la mocita se hacía un paquete, porque lo que le había venido por madame lo había encontrado placentero.

—Por caridad, señorita—suplicaba la Suizo—; no digáis a vuestro padre, el gran lama, que me he acercado tanto para veros la señal que acredita vuestra alta prosapia: soy vuestra humilde servidora; perdonadme.

Y la Suizo se arrodilló consternada ante la asombrada muchacha, que al verla arrodillada, se debió compadecer, porque sonriente y un si es o no es mimosilla la animó con estas palabras:

—¡Ande usted, so tonta, que no se lo digo!

INCÓRDIEZ

AVISO IMPORTANTE

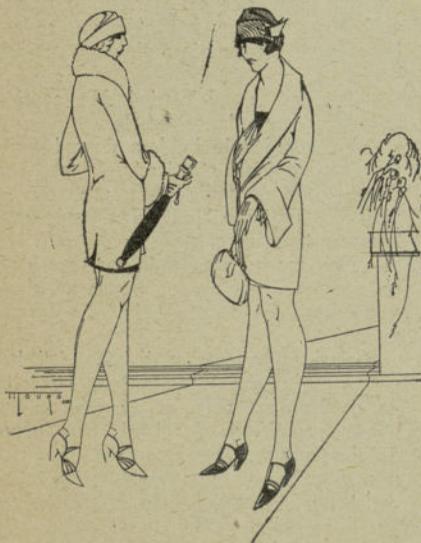
La recepción de varios capítulos que algunos de nuestros lectores nos han enviado; y por haber encontrado en algunos de ellos una gracia de buena ley, hemos decidido que sea el público quien siga los numerosos capítulos de esta gran novela, que no se sabe cómo va a terminar, aunque sospechamos que será como el rosario de la Aurora. De los capítulos de continuación que recibamos cada semana, se publicará el más gracioso,

percibiendo su autor *veinticinco pesetas* en un billete de los nuevos si así lo desea.

Pedimos perdón por anticipado a los autores de los trabajos no publicados.

¡Cada semana un capítulo escrito por uno de nuestros lectores!

El Almanaque de "Cosquillas" será el suceso del año... y lo que colgará.



ENTRE COCOTAS, por Mouró.

—¿Por qué has reñido con el viejo marqués?

—Porque me dijo que estaba gorda.

—¿Y tú qué le dijiste?

—Que no le podía decir lo mismo.



Una.—Supongo que no intentarás quitarme el novio de ahora.

La otra.—No; con éste no tengo prisa. ¿No piensas casarte con él?

Dib. de Manolo.

El cigarrillo turco

(Cuento moral.)

Fernando ofreció a su amigo, al que acababa de saludar después de muchos años de alejamiento, un cigarrillo turco, de elegante elaboración y que mostraba en su boquilla dorada unos signos calísticos.

—¡Son deliciosos! En Europa no los hallé nunca. Estos me los envía un diplomático amigo, que reside allá en el voluptuoso Oriente.

Hablaron de mil cosas. Conquistas, canales, tristezas; de todo hubo en aquella relación de aventuras que se cruzaron en la charla. De la broma pasaron a la conversación seria y en ésta brotó una pregunta que hizo palidecer a Fernando.

—¿Te casaste? ¿Eres feliz?

—Me casé, Ricardo...

Y prosiguió:

—Terminados mis estudios, dos años después de separarnos, busqué una mujer como la había soñado. Pronto la encontré. Era una muchacha de diez y ocho años, verdaderamente angelical; bonita, simpática, ingenua. La vida casi conventual a que habían sometido su infancia, me hizo concebir en ella la imagen de la pureza. Me gustó y pronto me enamoré de ella; pero me enamoré, Ricardo, como los hombres tan sólo se enamoran una vez en la vida; con el alma entera, con esa pasión contemplativa y casi absurda, tranquila, plácida, encantadora. Nuestros amores se deslizaron llenos de romanticismo. Procuré conservar aquella flor, cuidando de que mis palabras y acciones no desdijeran de la conducta ejemplar con que quería conducirme siempre; deseaba que aquella niña llegara al matrimonio virgen del alma, que es acaso la más preciada virginidad. Tú que te has casado—continuó Fernando después de encender otro cigarrillo—sabes lo que es el santo día de la unión de almas y cuerpos, y tú que no ignoras eso, comprenderás la magnitud de mi dolor si miras, como parte interesada mi desdicha. Aquella niña, único amor de mis amores, aquella flor que yo conservé a resguardo de todo mal pensamiento, aquella niña a la que jamás sonrojaron mis palabras, que media; mis deseos, que contuve, no pudo ser mía en mi dulce anhelo, porque... ya había sido de otro. Y había sido de otro sin amor, por impaciencia o por vicio; de otro que no había sabido mantener una ilusión, sino aprovechar su debilidad manchando torpemente, groseramente, como el último de los Tenorios, una honra que yo consideré como la mía propia... No la maté; fui demasiado fuerte o tal vez demasiado débil. Mis manos, que debieron destruirla, sólo sirvieron para cubrir mi rostro avergonzado. No fui cri-

minal porque estaba enamorado de verdad...

—Pero todo eso es horrible, espantoso.

—Horrible y espantoso, sí; y por eso, desde entonces, sólo he podido albergar en mi corazón maldad y odio. Y desde



—¡Qué desesperación! Vengo de casa del médico, porque mi señora está engordando una barbaridad, y me ha dicho que debo llevarla de viaje. Y yo no tengo dinero...

—No haga usted caso, que más gorda que la mía no será.

Dib. de Herreros.



—¿Y por qué no te gustan los hombres con bigote?

—Porque a mí me lastiman.

Dib. de Santaballa.



—Los soldados pueden pedir una madrina de guerra; pero, ¿a quién le pido yo un padrino, que me está haciendo falta? Pero un padrino de guerra... sin cuartel.

Dib. de Manolo.

aquel momento recorro el mundo con el único propósito de destrozarse honras, de romper ilusiones, de vengar mi dolor en todos los que se consideran dichosos, y sólo lamento que mi vida sea corta, ya que quisiera que todos los hombres enamorados como yo lo estuve, encontrarán, al creer conseguidas sus dulces esperanzas, un guiñapo moral en forma de mujer amada...

Al llegar aquí, Fernando ocultó el rostro. Su amigo Ricardo, el inseparable en su niñez, le miraba compadecido y al recordar la felicidad de su hogar sonreía disimuladamente, pues en el egoísmo de la dicha no podía comprender la magnitud del dolor de Fernando. Este sorprendió, al levantar la cabeza, aquella sonrisa que se clavó en su alma, viendo que aun su mejor amigo, le compadecía despectivamente. Entonces también él echóse a reír, pero no con disimulo, sino francamente... Había que olvidarlo todo.

Al día siguiente, en la escalerilla del trasatlántico, se dieron un fuerte abrazo de despedida. El buque levó anclas y, haciendo ulular la estridente sirena, surcó las aguas, alejándose lentamente del puerto. Los pañuelos de los dos amigos se agitaron en un último adiós y Ricardo, apenas perdió de vista la mole navegante, dirigióse hacia su hogar deseoso de encontrar en la paz de su nido, el olvido de la triste historia de Fernando.

Hacia varias horas que faltaba de su casa; sus negocios le hicieron salir muy de mañana; tuvo precisión de almorzar con un importante hombre de negocios y desde el restaurante fué en busca de su amigo para acompañarle al puerto. La impaciencia por volver al hogar feliz le hacía acortar la distancia dando grandes pasos. Su mujer, joven y hermosa, le recibió con su peculiar alegría.

—¿Se fué tu amigo?

—Sí; acaba de zarpar el buque. ¡Pobre! ¿Verdad que es horrible su tragedia? ¿Verdad que, conociéndola, se saborea y se comprende mejor nuestra felicidad?

—¡Verdad es, Ricardo! He sentido grandes deseos de conocerle.

—Yo también lo hubiera deseado—repuso su esposa mintiendo—; pero el tiempo que él tenía para preparar el viaje lo ha impedido... Hoy estás más hermosa que nunca.

—Hoy me he preparado para recibir a mi esposo, al que amo con toda mi alma, y pensando en ese desdichado, más que nunca.

Ricardo, sonriente y dichoso, fué hacia la mujer que le aguardaba espléndida de belleza; pero el Destino, caprichoso, rompió su felicidad. Una punta de cigarro turco que ostentaba unos signos extraños y misteriosos, yacía, olvidada, por descuido o con intención, sobre la mesita del gabinete, revelando una aventura infame.

Fernando había sabido vengarse de una sonrisa egoísta y estúpida.

VILA BELTRÁN



EL ALMANAQUE DE "COSQUILLAS" será una cosa... que no podemos llamar seria, porque el señor Regocijo se ha adueñado de sus páginas, y es lo más divertido que se ha hecho desde que se editan periódicos cómico-picarescos. No llegan a tres las tonterías que se dicen en el ALMANAQUE, y creemos que en cuarenta y cuatro páginas, hay espacio para hacer el idiota a calzón quitado.

La portada y contraportada de Demetrio, y la doble plana del mismo, son del más exquisito chupendi lerendi que se ha conocido. Los dos bicolores del joven y ya gran dibujante de exquisiteces, señor Picó, también saldrán a los medios a recibir la ovación. ¡Y qué decir de Díaz-Antón, Bellón, Mihura, Bluff, Herreros, Enciso, Moliné, Santaballa y otros?

¿Cómo ponderar sin quedarse corto los trabajos de Fernando Luque, Joaquín



—Pues señor a juzgar por los piropos que me han echado hoy, debo ser un caramelo.
Dib. de Moliné.

Dicenta, Leopoldo Bejarano, Antonio Paso y Silva Aramburo; Ramos de Castro, José A. Luengo, José Venegas, Nan de Allariz, Julio Cortis, "Un Viejo don Juan", Fidel Prado, Miguel Santos, Díaz Antón, Vila Beltrán y Miguel A. de Pereda? ¿Cómo olvidar en esta lista mis trabajos; los de Incórdiez? ¿Y la primera crónica del redactor cafre, señor Karaba? ¡Y de los consejos de Díaz-Antón? Todo, todo lo hemos hecho con el propósito de hacerles olvidar la peseta que han de sacudirse por el ejemplar. ¡Y ya es bastante!

Les publica que no le priven del pavo y lo dejen en capón.

INCÓRDIEZ.

Para «Alma que sueña»

Antes de comenzar tengo que rogarte que disculpes todavía mi escama, pero ten en cuenta que he sido besugo ocho años.

Y si es verdad que perteneces al riquísimo género femenino, cuéntame de rodillas y a tus pies, y ya cuando me tengas de esa guisa... aprovéchate: Ya

ves si mi arrepentimiento es cortes y reverente.

Por lo demás que me dices que tu cuerpo si no lo ha esculpido Fidias le falta el canto de un duro, te felicito, y me regodeo de que mis admiradoras sean juncales y apetecibles hasta la hidrofobia del que las mira.

Pídotte perdón (aunque sostengo lo de la escama) y date por regalada, con destino a los pies de tu cama, con una alfombra de besos de tu obediente falderillo

INCÓRDIEZ

Muy pronto nuevas secciones ilustradas a todo meter.



Manolo
27.XV.12

DESPUES DEL CINE, por Manolo.
—Me voy corriendo, no me vaya a coger este aguacero y... lleve sobre mojado.



Ella.—El señorito me dispensará que vaya arremangada, pero es que voy a recoger un poco de agua que se ha vertido en mi cuarto.
El.—¡Estupendo, muchacha! Y oye, cuando me entres el desayuno vierte por el suelo la palangana.

Dib. de Soler.

Invernal

Hay en el torneado planeta un sin fin de cosas que nos son profundamente antipáticas, tal como los paraguas, esperar turno en el limpiabotas, la luz en los "cines" cuando vamos acompañados de una buena hembra y los guardas de los parques cuando vamos ídem de ídem... pero lo que a mi entender bate el *cross-country* de la antipatía es el invierno.

Eso de que llegue esta estación (no siempre han de ser los trenes los que llegan) y traiga consigo, en el furgón de equipajes, al insufrible Eolo dispuesto a hacer de las suyas, es más molesto que pagar en la taquilla de un teatro.

Porque no tendrán ustedes la avilantez de negar que en esta época del año, las señoras, aunque de por sí pueden darle un amarraco de ventaja a Eolo y ganarle por la mano en cuestión de frescura,



Ella.—¡Hay que ver cómo te pones, Pepe!
El.—Pero chica, ¿quieres soltar el bastón?
Dib. de Ver.



LAS HAY ANSIOSAS por Ver.
Ella.—¿Y no te da vergüenza venirte con dos piezas?
El.—¿Y te parece poco?

toman sus precauciones y se abrigan hasta desaparecer bajo un Himalaya de pieles. ¡Y malhaya la ocurrencia!

Claro es que luego nos cabe el consuelo de quitarles la piel en determinadas ocasiones; pero son tan contados los agraciados seres que pueden gozar estas primicias, que encocora verlas tan tapadas por la calle y saber que no puede uno destapar cuando menos una pareja por día.

Si yo fuese autoridad decretaría el destapen forzoso de toda hembra de buen ver si no iba por la calle de forma que pudiésemos contemplarla cuando menos una cuarta de sabrosísima pechuga.

¿Qué menos que una cuarta para una tía guapa?

Y lo decretaría así, ateniéndome al Código Penal, que en uno de sus artículos dice, si mal no recuerdo: "que la ocultación de riquezas es un robo punible", y como la inmensa mayoría de ellas son tan ricas las pobres...

"irilidad perfecta

instantánea, sin medicamentos.
«SECRETO FAUST», infalible
¡aun septuagenarios! Envío pliego cerrado, 0,25. Escribid
Apatado 1.236. Madrid

Bien es cierto que de todo ello tenemos no-otros mismos la culpa por nuestro loco afán de inventar modas e introducir en ellas innovaciones.

Si al primer modisto que la introdujo inventando cabe el taparrabos, le hubiesen colgado de un extremo de su invento y atado a otro extremo de su persona, estaríamos al cabo del *boulevard* y no prorrumpiríamos en necias y tardías lamentaciones.

Por esta causa somos acérrimos e intuitivos detractores del invierno; porque cuando asoma la nariz por la frontera del otoño, obliga a a esas lindas figulinas, único objeto de nuestra cochina existencia, a cubrirse, velándonos todas sus gracias, lo cual, dicho sinceramente, no tiene gracia ninguna, porque si ellas sienten necesidad de estar cubiertas deberían acordarse de nosotros.

¿No les parece lo más natural y apetitoso?...
FIDEL PRADO



DECISION, por Moliné.

Si, es lo mejor. Ahora mismo voy a su casa y le digo que no. No está bien que siembre la discordia entre los amigos de mi marido.



LAS PIERNAS CON ENCAJE

LA PIERNA DE PLATINO

(HEMOS SUBIDO MUCHO)

CONCURSO DE PIERNAS, PRIMERAS ZONAS DEL MUSLO
Y PINRELES

¿Hay nada que entusiasme tanto como lo incierto? Después de contemplar estas desnudas piernas, que tras la celosía del negro encaje se recatan a medias (bueno, más bien sin medias) de las codiciosas miradas con que socarras la página, lector amigo, ten la bondad de decirme si te gustan las piernas con encaje o sin él, y si te desagradaría morir entre el encaje de estas piernas.

Vuestro hasta el de bolillos,

INCÓRDIEZ
Fot. Walken.